**A LA PLATA**

Aquel enjambre humano debía pre­sentar a vuelo de pájaro el aspecto de un basurero. Los sombreros mugrientos, los forros encarnados de las ruanas, los pañolo­nes oscuros y sebosos, los paraguas apabu­llados, tántos pañuelos y trapajos retumban­tes, eran el guardarropa de un Arlequín. A- nimadísima estaba la feria: era primer do­mingo de mes, y el vecindario todo había a- cudido a renovación. Destellaba un sol de justicia; en las tasajeras de carne, de esa car­ne que se acarroñaba al resistero, buscaban las moscas donde incubar sus larvas; en los tendidos de cachivaches se agrupaban las muchachas campesinas, sudorosas y sofoca­das, atraídas por la baratija, mientras las magnatas sudaban el quilo, a regateo lim­pio, entre los puestos de granos, legumbres y panela. Ese olor de despensa, de carnice-

ría, de transpiración de gentes, de guiñapos sucios, mezclado al olor del polvo y al de tánta plebe y negrería, formaban sumados, la hediondez genuina, paladinamente mani­festada, de la humanidad. Los altercados, los diálogos, las carcajadas, el chillido, la reba­tiña vertiginosa de la venduta, componían, sumados también, el baladro de la bestia. Llenaba todo el ámbito del lugarón.

Sonó la campana, y cátate al animal a- placado. Se oyó el silencio, silencio que pa­recía un asueto, una frescura, que traía co­mo ráfagas de limpieza...hasta religioso sería ese silencio. Rompiólo el curita con su voz gangosa; contestóle la muchedumbre, y, a- cabada la prez, reanudóse aquéllo. Pero por un instante sólamente, porque de pronto sintióse el pánico, y la palabra «¡Encierro!» vibró en el aire como preludio de juicio final. Encierro era, en toda regla. Los veinte sol­dados del piquete, que inopinada y repenti­namente acababan de invadir el pueblo, ha­bíanse repartido por las cuatro esquinas de la plaza, a bayoneta calada. Fue como un ciclón. Desencajados, trémulos, abandonán­dolo todo, se dispararon los hombres y hasta hembras también, a los zaguanes y a la igle­sia. Pobre gente! todo en vano, porque, como

la amada de Lulio, «ni en la casa de Dios es­tá segura >.

De allí sacaron unas decenas. Cayó en­tre los cazados el Caratejo Longas. Lo que no lloró su mujer, la seña Rufa, llorólo a moco tendido María Eduvigis, su hija. Fuése ésta con súplicas al alcalde. A buen puerto arrimaba: cabalmente que al Caratejo no ha­bía riesgo de largarlo. Figúrense! El mayor­domo de Perucho Arcila, el rojo más recal­citrante y más urdemales en cien leguas a la redonda: un picaro, un bandido! Antes no era tánto para todo lo rojo que era el tal Ar­cila.

Ya desahuciado y en el cuartel, llamó el Caratejo a conferencia a su mujer y a su hija, y habló así: «A lo hecho, pecho. Cora­zón con Dios, y peganos del manto de María Santísima. A yo, lo que es matame, no me matan. Allá verán que ni an mal me va. Ello más bien es maluco dejalas como dos áni­mas; pero ai les dejo maiz pa mucho tiempo. Pa desgusanar el ganao del patrón, y pa mantener esas mangas bien limpias, vuste- des lo saben hacer mejor que yo. Sigan con el balance de la güerta y de los quesitos, y métanle a estas placeñas y a las amasadoras los güevos hasta las cachas, y allá verán có-

mo enredamos la pita. Mira, Rufa: si aque­llos muchachos acaban de pagar la condena antes que yo güelva, no los almitás en la casa, de mantenidos. Que se larguen a traba­jar, o a jalale a la vigüela y a las décimas si les da la gana. Y no s’infusquen por eso!... ultimadamente, el Gobierno siempre paga».

Y su voz selvática, encadenada en gru­ñidos, con inflexiones y finales dejativos, ese acento característico de los campesinos de nuestra región oriental, los acompañaba el orador con mil visajes y mímicas de con­vencimiento, y un aire de socarronería y u- nos manoteos y paradas de dedo de una elo­cuencia verdaderamente salvaje. Ayudába­le el carate. Por aquella cara larga, y por cuanto mostraba de aquel cuerpo langaruto y cartilaginoso, lucía el jaspe, con vetas de carey, con placas esmeriladas y nacarinas. Pintoresco forro el de aquella armazón.

Ensartando y ensartando, dirigióse al fin a la hija, y,.con un tono y un gesto allá, que encerraban un embuchado de cosas, le dice, dándole una palmadita en el hombro: «Y vos, no te metás de filática con el pa­trón: es muy abierto!»

Culebra brava la tal Eduvigis! Sazo­nado por el sol y el viento de la montaña

era aquel cuerpo, en que no intervinieron ni artificio ni deformación civilizadores; obra premiada de naturaleza. Las caderas, el busto bien alto, la proclamaban futura ma­dre de la titanería laboradora. El cabello, ne­gro, de un negror profundo, se le alborotaba, indomable como una pasión; y en esos ojos había unas promesas, unos rechazos y un misterio, que hicieron empalidecerá más de un rostro masculino. Un toche habría picado aquellos labios como pulpa de guayaba ma­dura; de perro faldero eran los dientes, por entre los cuales asomaba tai cual vez, como para lamer tánta almíbar, una puntita ro­ja y nerviosa. Por este asomo lingüístico de ingénito coquetismo, la regañaba el cura a cada confesión, pero no le valía. Así y todo, mostrábase tan brava y retrechera, que un cierto galancete hubo de llevarse, en alguna memorable ocasión, un sopapo qui ni un trancazo; fuera de que el Caratejo Ja celaba a su modo. El tenía su idea. Tánto que, ape­nas separado de la muchacha se dijo, habla­do y todo y con parado de dedo: «Verán có­mo el patrón le quebranta agora los agallo­nes.»

Y pocos días después partió el Caratejo para la guerra.

Rufa, que se entregó en poco tiempo y por completo al vicio de la separación, cuan­do los dos hijos partieron a presidio, bien podría ahora arrostrar esta otra ausencia, por más que pareciera cosa de viudez. Y tán- to como pudo! Ni las más leves nostalgias conyugales, ni asomos de temor por la vida del marido, ni quebraderos de cabeza por que volara el tiempo y le tornase el bién au­sente, ni nada,vino a interrumpir aquel vien­to de cristiana filosófica indolencia. A vela henchida, gallarda y serenísima, surcaba y surcaba por esos mares de leche. Y eso que en la casa ocurrió algo, y aun algos, por a- quellos días. Pero nó: sus altas atribuciones de vaquera labradora y mayordoma de fin­ca, en que dió rumbo a sus actividades y empleo a la potencia judaica que hervía en su carácter, no le daban tiempo ni lugar pa­ra embelecos y enredos de otro orden. Lo que es tener oficio!...

Hembra de canela e inventora de dine­ros era la tal Rufa Chaverra. Arcila decla­róla luégo espejo de administradoras. Ella se iba por esas mangas, y, a güinchazo lim­pio, extirpaba cuanta malecilla o yerbajo intruso asomase la cabeza. Con sapientísima oportunidad salaba y ponía el fierro a aquel

ganado, cuyo idioma parecía conocer, y a quien hacía los más expresivos reclamos, bien fuese colectiva o individualmente, ya con bramido bronco, igual que una vaca, si era a res mayor, ahora melindroso, si se tra­taba de parvulillos; y siempre con el nom­bre depila, sin que la «Chapola» se le confun­diese con la «Cachipanda,» ni el «Careperro» con el «Mancoreto\*. Hasta medio albéitara resultaba, en ocasiones. Mano de ángel po­seía para desgusanar, hacer los untos y so­baduras, y gran experiencia y fortuna en a- plicar menjurjes por dentro y por fuera. La vaca más descastada y botacrías no se la ju­gaba a Rufa; que ella, juzgando por el volu­men y otras apariencias,de la proximidad del asunto, ponía ala taimada, en el corral,por la noche; y, si alguna vez se necesitaba un poco de obstetricia, allí estaba ella para el caso. En punto a echar argollas a los cerdos más bravios, y de hacer de un ternero algo me­nos ofensivo, allá se las habría con cual­quier itagüiseflo del oficio. Iniciada estaba en los misterios del harem, y cuando al re­buzno del pachá respondían eróticos relin­chos, ella sabía si eran del caso o no eran i- dilios a puerta cerrada, y cuál la odalisca que debía ir al tálamo. Porque sí o porque

nó. nunca dejaba de apostrofar al progeni­tor aquél con algo así: «¡Ah taita! como no tenés más oficio que jartar, siempre estás dispuesto pa la vagamundería!»

Si tan facultativa y habilidosa era para manejar lo ajeno, cuánto y más no sería pa­ra lo propio. Ni se diga de los gajes con la leche que le correspondía, ni de los produc­tos del gallinero, ni de esa huerta donde los mafafales alternaban con la hachira, los repo­llos con las pepineras, las Vitorias con las auyamas.

Pues resultó que todo estuvo a pique de perderse. Del huracán que ahora corre, lle­garon ráfagas hasta la montañesa. Supo que unas amigas y comadres mazamorreaban orillas de La Cristalina, riachuelo que corre obra de dos millas de la casa de Arcila. Lo mismo fue saber que embelecarse. So pre­texto de buscar un cerdo que diz que se le había remontado, fuésea las lavadoras de oro, y con la labia y el disimulo del mundo, les sonsacó todas las mañas y particulari­dades del oficio. Ese mismo día se hizo a ba­tea, y viérais a la rolliza campesina, con las sayas anudadas a guisa de bragas, zambu­llida hasta el muslo, garridamente repecha­da, haciéndole bailar a la batea la danza del

oro con la siniestra mano, mientras que con la diestra iba chorreando el agua sobre la fi­na arena, donde asomaban los ruedos oscuros de la jagua. Al domingo siguiente cambió el oro, y cuál se le ensancharía el cuajo cuando tuvo amarrados, a pico de pañuelo, treinta y seis reales de un boleo.

Dada a la minería pasara su vida ente­ra, a no ser por un cólico que la retuvo en cama varios días, y que le repitió más violen­to al volver al oficio. Mas no cedió en su pro­pósito; mandó entonces a la Eduvigis, a quien le sentaron muy bien las aguas de La Cristalina. Mientras la hija pasaba de sol a sol en la mazamorrería, la madre cargaba con todo el brete de la finca. Y tan campan­tes y satisfechas!...

Más rastro deja en un espejo la imagen reflejada, que en el ánimo de Rufa las noti­cias sobre la guerra, que oía en el pueblo los domingos y los dos días de semana en que iba a sus ventas. Lo que fue del Caratejo, no llegó a preocuparse hasta el grado de inda­gar por el lugar de su paradero. Bien con­firmaba esta esposa que las ternuras y blan- dicies de alma son necesidades de los blan­cos de la ciudad, y un lujo superfluo para el pobre campesino.

Envueltos en la niebla, arrebujados y borrosos, mostrábanse riscos y praderas; la casa de la finca semejaba un esbozo de pai­saje a dos tintas; a trechos se percibían los vallados y chambas de la huerta, las aristas del techo, el alto andamio del gallinero; sólo alcanzaban a dastacarse con alguna preci­sión los cuernos del ganado, rígidos y oscu­ros, rompiendo esas vaguedades, cual la no­ción del diablo la bruma de una mente infan­til. A la quejumbrosa melodía de los recen­tales, acorralados y ateridos, contestaban desde afuéralos bajos profundos y cariñosos de las madres, mientras que Rufa y Eduvi- gis renegaban, si Dios tenía qué, en las bre­gas y afanes del ordeño. Eduvigis, en cu­clillas, remangada hasta las axilas, cubierta la cabeza con enorme pañuelo de pintajos, hacía saltar de una ubre al cuenco amarillen­to de la cuyabra, el chorro hum eante y caden­cioso. Un hálito de vida, de salud, se exhala­ba de aquel fondo espumoso. Casi colmaba la vasija, cuando un grito agudo, prolongado adrede, rasgó la densidad de esa atmósfera. La moza se suspende; el grito se repite más agudo todavía. «Mi taita!» exclama la Edu­vigis, y sin pensar en leches ni en ordeños, corre alebrestada chamba abajo.

No se engañaba. Buen Amigo, que sí lo era en efecto, descolgóse a saltos, lengua a- fuera, la cola en alboroto. Impasible, la señá Rufa permaneció en su puesto. Apoco llegó­se el Caratejo con el perro, que quería enca­ramársele a los hombros. Marido y mujer se avistaron. Nada de culto externo ni de pe­rrerías en aquel saludo. Dijérase que acaba­ban de separarse.

—Y qué es lo que hay pal viejo?—dice Longas por toda efusión.

Y Rufa, plantificada, totuma en mano, con soberano desentendimiento, contesta:

—Y eso qué contiene, pues?

—Pues que anoche llegámos al sitio, y que el fefe me dió licencia pa venir a velas, porque mañana go esta tarde seguimos pa La Villa. •

Facha peregrina la de este hijo de Mar­te. El sombrero hiperbólico de caña abiga­rrada, el vestido mugriento de coleta, los golpes rojos y desteñidos del cuello y de los puños, los pantalones holgados y caídos por las posas y que más parecían de seminaris­ta, dignos eran de cubrir aquel cuerpo lar­go y desgavilado. Ni las escaseces, ni las in­temperies, ni las fatigas de campaña, habían alterado en lo mínimo al mayordomo de Ar-

cila. Tan feo volvía y tan caratejo como se fue. Por morral llevaba una jiquera algo más que preñada; por faja, una chuspa ocul­ta, y no vacía.

Rufa sigue ordeñando. Toma Longas la palabra.

—Pues, pa que lo viás. Ya lo ves- que nada me sucedió. Los que no murie­ron de bala, se templaron de tánta plaga y de tánta mortecina de cristiano, y yó...ai con con mi carate: la cáscara guarda el palo!

Y aquí siguió un relato bélico autobio­gráfico, con algo más de largas que de cor­tas, como es usanza en tales casos. Rufa pa­recía un tanto cohibida y preocupada.

—¿Y ontá la Eduvigis?—dice de pronto el marido, cortando la narración.

—Pes ella... pes ella... puai cogió cham­ba abajo, izque porque la vas a matar.

—A matala? Y por qué gracia?

—Pes... ella... no salió, pues, con un embeleco de muchacho?...

—De muchacho?—prorrumpe el cons­cripto,abriendo tamaños ojos, ojos donde pa­reció asomar un fulgor de triunfo.—Conque, muchacho? Y pu’eso s’esconde esa pendeja? Y ontá el muchacho?

—Ai no’stá, pues, en la maca?

—Andá llámame a esa boba.

Y, tirando corredor adentro, se coló al cuartucho. Debajo de la cama, pendiente de unos rejos, oscilaba la batea. Envuelto en pingajos de colores verdosos y alterados, dormía el angelito. No pudo resistir el abue­lo a la fuerza de la sangre, ni menos al em\* puje de un orgulllo repentino que le borbo­tó en las entrañas. Sacó de la batea la cria­tura, que al despertar y ver aquella cara tan fea y tan extraña, puso el grito en el cielo. Era José Dolores Longas un rollete de man­teca, mofletudo y cariacontecido; las ma­nos, unas manoplas; las muñecas, como es­tranguladas con cuerda, a modo de morcilla; las piernas, tronchas y exuberantes, más huevos de arracacha que carne humana: u- na figura eclesiástica, casi episcopal. Iba a quebrarse con los berridos que lanzaba: cui­dado si había pulmones! El soldado lo cogió en los brazos, haciéndole zarándeos, por vía de arrullo. Abrazaba su fortuna: en aquel vástago veía el Caratejo horizontes azules y rosados, de dicha y prosperidad: El predio cercano, su sueño dorado, era suyo; suyas unas decenas de vacas; suyo el par de mulé- tos y los aparejos de la arriería; y quién sa­be si la casa, esa casa tan amplia y espacio-

sa, no sería suya pasado corto tiempo? El patrón era tan abierto!... Calmóse un tanto el monigote. Escrutólo el Caratejo de una ojeada, y se dijo: «Igualito al taita!»

Entretanto, Rufa gritaba desde la man­ga: «Que vengás a tu taita que no está na­da bravo! Que no sias caraja! Subí Duvigis, que siempre lo habís de ver!»

La muchacha, más muerta que viva, a pesar de la promesa, subía por la chamba, minutos después. Pálida por el susto, pare­cía más hermosa y escultural. Levantó la mirada hacia la casa, y vió a su padre en el corredor, con el niño en brazos. A paso re­celoso llégase a él; arrodíllase a las plantas y murmura:

—Sacramento del altar, taita!

Ycon la diestra carateja, le rayó la ben­dición el padre, no sin sus miajas de unción y de solemnidad. Mandóla luégo la madre a la cocina a preparar el agasajo para el viajero, y Rufa, que ya en ese momento había ter­minado sus faenas perentorias, tomó al nieto en su regazo, y se preparó al interrogatorio que se le venía encima.

—Bueno—principia el marido,—y el pa­trón siempre le habrá dejao a la muchacha... por lo menos sus tres vacas, y le habrá dao

mucha plata pa los gastos?

—Eh!—replica Rufa—Usté por qué ha determina© que fue don Perucho?

—Qué no fue el patrón?—salta el Cara- tejo desfigurándose.

—Si fue Simplicio, el hijo de la dijunta Jerónima!...

—Ese tuntuniento!...—vocifera el des­honrado padre. Un muertodihambre que no tiene un Cristo en qué morir!... Y vos, so al­mártaga, pa qué consentites esos enredos?

La cara se le desencajó; le temblaban los labios como si tuviera tercianas. <Yo mato a esa arrastrada, a esa sinvergüenza». Y, atontado y frenético, se lanza a la cocina, agarra una astilla de leña, y a cada golpe escupe sobre la hija un insulto, una desver­güenza, una bajeza. Cuando la infeliz yacía por tierra, convulsa y sollozante, arrimóle Longas formidable puntapié, y exclamó tar­tajoso: «Te largás... ahora mismo... con tu muchacho...que yo no voy a mantener aquí vagamundas!»

Y salió disparado, camino del pueblo, como huyendo de su propia deshonra.

FIN